

casa **46**
DE LAS AMERICAS **NUMERO**



A N G E L R A M A

ahora le erigirán justificados monumentos

Ahora le erigirán justificados monumentos, y en bronce, en mármol, en piedra, en el gesto estereotipado del héroe, vivirá a los ojos de los niños y de los hombres del futuro como lección, hasta convertirse en el fragmento consabido de la ciudad, ése que integra nuestro vivir cotidiano. Pero para nosotros fue un hombre, simplemente un hombre del que pudiéramos decir “y vivió entre nosotros”. Era un hombre; había sido médico, le hemos oído hablar, reír, hacer bromas, ahogarse por su asma, enfurecerse; era un hombre “con unas piernas flácidas y unos pulmones cansados”, como dijo en la carta de despedida a sus “queridos viejos”, y de inmediato pienso en el pequeñito uniforme de Bolívar que se guarda en su casa-museo bogotano y pienso en el desmembrado Martí de Dos Ríos y se me hace patente que él pertenecía a la estirpe de estos hombres grandes de *Nuestra América*, de esos simples seres humanos que pulieron su voluntad “con delectación de artista”, y cargaron sobre sus hombros débiles el destino y la grandeza de millones de compañeros.

La heroicidad produce el mismo deslumbramiento y el mismo pánico que la santidad, porque está hecha de su misma atroz desmesura y genera entre el multitudinario coro de quienes presenciamos la tragedia, la conciencia terrible de ser destinatarios del sacrificio. No era necesario que el periodista dijera que “parecía un Cristo yacente”, ni que las fotografías nos propusieran imágenes similares a las que el arte europeo cultivó durante siglos, con el cuerpo enflaquecido y la paz cerrada de ese rostro ya para sí, definitivo, para sentir que no sólo vivió entre nosotros sino que murió por nosotros. Que ni siquiera nos pregunta qué haremos porque su sola vida y muerte es una pregunta que no cesa.

Bolívar, Martí, Ernesto Che Guevara. Lo que cambia es el estilo, simplemente. Este último, con su mote lo dice, era el nuestro rioplatense: ardiente y burlón, elíptico y pudoroso de las pasiones y sentimientos, desconfiado de todo gesto grandilocuente, capaz de empezar el camino que llevaría a su muerte con una frase escrita sobre el filo de la automordacidad y la disculpa de su propia aventura enorme: “Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condottiere del siglo xx”. Tras este estilo está de nuevo, y sobrecogedora, la capacidad de asumir a una nación de millones de hombres —esa única nación latinoamericana que él volvió a confirmar— para revelarles a sus hombres que su sentimiento de debilidad es aparente, que abierta está la vía por la cual el hombre encuentra su más alto destino, lo hace suyo y es grande. Que así sea.